

# LA PROTESTA

DIARIO DE LA MAÑANA

(PORTE PAGO)

Miércoles 18 de Julio de 1906

## PIALOGO DEL DIA

### LA SIEMBRA

(Versión amplia  
de un preludio dramáti-  
co del Teatro Libre  
peruano.)

### ACTO UNICO

Habitación modesta. Muebles simples y ne-  
jos. Paredes blancas. A la derecha, una  
puerta que da a la calle. Junto a la pa-  
red del fondo, un estante lleno de libros.  
En la misma pared, cerca del angulo de  
la izquierda, una mesa grande, con un reloj  
de la pared en el centro, y en las  
paredes, una mesa rectangular, sobre la  
que se ven amontonados libros, papeles y  
periódicos. Al centro de la izquierda, una  
puerta para el cuarto de Alberto.

#### ESCENA 1

(Alberto.—Obrero mecánico.—Carlos.—  
periodista demócrata.)

Alberto.—(Apresurado por la puerta de  
la derecha, y dirigiéndose a alguien que  
viene detrás de él.) ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

(Brando.) Lo advierto, mi  
señor amigo, que no puedo desafearlo. Nace  
nito ir a casa, para cambiar de ropa.

Alberto.—(Cambiando de traje) ¡Ah! esta  
hora! No se preocupe de eso, que  
diables! Así está perfectamente. Hay que compro-  
barlo. Yo tengo que presentarme en público.  
Y así, con esa ropa, no estoy bien.

Alberto.—Eso es cuestión de aprecia-  
ciones. Usted va allí a mostrar sus ideas, no  
la ropa.

Carlos.—Sí, es verdad. Pero, mien-  
tras nadie nos ve, la primera impresión  
del público, al presentarse así, en esa  
forma... ¡no comprende! La gente aprecia  
las cualidades que la ropa que se viste. ¡Yo  
sé lo que son esas cosas! Tengo mucha  
práctica en esto.

Alberto.—Sí, sí... Una mano encallada  
por el trabajo, ya se sabe que una  
mano encallada. Ahí está el error... Pero  
lo que a mí más extraña es que usted, que  
se tiene por demócrata, se rinda a esos pro-  
juicios.

Carlos.—Experiencia de la vida, cuando  
amigo, experimento de la vida, cuando  
yo me dedico a un trabajo, si lloro, yo lo llamo  
necesidad. Yo que dentro de los prime-  
ros, soy, intranquilo, llena obcecado de  
contemplar con estas cuestiones de de-  
talle. Es preciso que largamos suficiente  
tiempo para comprender estos asuntos  
y, cuando lo logramos, que salgan a  
un asunto dentro, se pronuncia un discurso o  
se une una conferencia, va por distinción  
para examinar todo en presencia del orador,  
cómo habla, qué actitud tiene, qué gestos,  
qué expresión dice.

Alberto.—¡Ay, ay, ay!

Carlos.—(Pausa.) Es usted terrible. Creo  
que a su amado amigo, hacerse una  
reputación dura. Por eso, es necesario que  
nuestro sentido práctico se fije en estos pa-  
quetes de libros. Si no queremos ver por el  
seu sustraer fama, el orgullo de nuestras  
vidas, etc., etc.

Alberto.—(Sobriamente) ¡Y con alguna ironía!  
No sé sierno que es una cosa triste  
de hacerse saber que también existen  
parasitos de ideal.

Carlos.—(Sorprendido). Felizmente, don  
de su gusto, no se preocupe esa  
cosa.

Alberto.—(Mordiendo la ceja) ¡Bah!  
bah! bah!

Carlos.—(Con disgusto) ¡Cómo! Usted  
sospecha... ¡Oh! No pienso en ello siquiera.  
Sería indigno. Dentro de esa  
parte no hay libro, pero en uno solo  
lo que se dice es que es un libro.

Alberto.—(Frunciendo el ceño) ¡Qué?

Carlos.—(Desconcertado) ¡Como qué!  
Abajo no viene usted con esas! ¡Me pre-  
guntó de qué yo sé de arriba! De  
la democracia, de los principios liberales,  
de los sentimientos de fraternidad, de...  
Alberto.—Y de otras palabras más. Ya  
lo sé.

Carlos.—(con ademán de indignación).  
Entiende, usted asegura que la democracia  
no es más que una pantomima.

Alberto.—No, una palabra, precisame-  
nte.

ANSELMO LORENZO 45

aventuraron a saltar en el primer momento  
fueron brutal y salieron aplaudidos por  
los asistentes, que al principio se quedaron  
mirando, y más tarde, que daban la vuelta al  
Aduana, pero habiendo apresado a algunos  
de los patriotas amotinados, apilaron a los  
restos a algunos y guardaron después la  
puerta.

Yo salí de ese lance, porque un compa-  
ñero de trabajo llamado Aguilar, sospechaba  
que yo estaría en el café, entró a buscarme  
y me llevó a la prisión.

Creyendo algunos comandantes que podían  
ejercer el derecho de reunión, consignado  
en la Constitución, sin otras prescripciones legales,  
nos sirvieron de escudos que atestiguan  
que pasó la humillación de dejar priso-  
nado, sin importarle durante el vendimial sucesivo,  
que yo no sufrí hambruna ni muerte.

El viernes 10 de mayo, viernes de  
la fiesta de San Isidro, se presentó a la  
Partida de la Perra, dirigiendo la infame  
hazaña, el general Aguirre.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Había aquél año aumentado la fiesta  
con gran formación en que fraternizaron  
el 10 de mayo, y se celebró en la noche  
del 9 al 10, en el café, entre la Perra  
y la Aduana, que daban la vuelta al  
Aduana.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.

Yo era un hombre alto, de treinta y tantos  
años, moreno, con la nariz cruzada por una  
herida que le dejó la guerra de 1899, y  
que se había curado, aparentemente  
muy bien.



